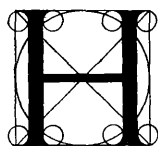


# *CONTESTACIÓN*

DEL ACADÉMICO

EXCMO. SR. D. LUIS MOYA BLANCO

SEÑORES ACADÉMICOS:



HOY es día de gran satisfacción para la Academia, pues recibimos como nuevo compañero a un arquitecto que, salvando las diferencias de los tiempos es, como el hombre universal que quería Vitruvio, un hombre versado en infinidad de disciplinas relacionadas con esta multiforme arte que es la Arquitectura. Luis Cervera es, en lo que se refiere a títulos profesionales, Doctor Arquitecto, Técnico Urbanista y Licenciado en Ciencias Exactas; es Académico Correspondiente y de Honor, respectivamente, de la Real Academia de la Historia y de la Burgense de Historia y Bellas Artes; también es *Member of* "The Hispanic Society" de Nueva York.

En el ejercicio normal de la profesión ha realizado infinidad de obras particulares a partir de 1943: desde simples trabajos juveniles de reforma y ampliación, hasta el proyecto y construcción total de varias grandes urbanizaciones en la madurez de su carrera. Ninguna faceta de la práctica del arquitecto ha escapado a su actividad, de modo que se hace imposible exponer siquiera una relación abreviada de su trabajo. Todo ello lo hizo compatible con la labor realizada en el arreglo y conservación del magnífico edificio del Ministerio de Hacienda, entre los

años 1951 y 1962, y con las obras de restauración de Monumentos en la zona Norte, desde Ávila hasta Santander, realizadas a partir de 1958. El gran número de estas últimas, y su variedad, hacen imposible una explicación sumaria de las mismas, tanto como fue imposible hacerla de sus obras de nueva planta. Su enorme capacidad profesional, su saber estar en las obras, y vivirlas, ha hecho posible tan extenso trabajo, y más aún, hacerlo compatible con su otro trabajo de investigador y de historiador de una parcela importantísima de nuestra arquitectura; trabajo que, por sí solo, bastaría para llenar una vida.

Al llegar aquí, y antes de tratar de este último aspecto de la actividad de Luis Cervera, ha de volver nuestro recuerdo y nuestra admiración hacia el Académico que ha precedido a nuestro nuevo compañero: D. Luis Menéndez Pidal. Fue un caso admirable de vocación hacia el gran pasado de la Arquitectura española. Habiendo empezado su vida profesional con gran empuje, con tan importantes clientes como el Banco de España, así como otros particulares, vino a parar a sus manos la restauración del Monasterio de Guadalupe.

Este hecho cambió el curso de su vida; poco a poco fue dejando el trabajo normal, que tan pingües frutos prometía, y se consagró a la conservación, que fue más bien salvación, de nuestro tesoro arquitectónico. El centro de sus amores fue siempre, hasta su muerte, Guadalupe, pero su actividad se desarrolló en muchas direcciones, en especial hacia el románico asturiano. Consecuencia de su trabajo como restaurador fue la larga serie de publicaciones que hicieron su nombre tan conocido, aquí y en el extranjero, pero sin que esta fama le quitase su característica y ejemplar modestia.

Volviendo a las investigaciones de Luis Cervera, que ha expuesto en 33 publicaciones, de las que 11 son importantes volúmenes, su objeto principal ha sido la figura y la obra de Juan de Herrera, y la arquitectura que siguió a la de aquél en tiempo de Felipe III. Este fue el motivo de la primera relación que

tuvo nuestro nuevo compañero con la Academia, pues recibió el Premio Conde de Cartagena, de la Sección de Arquitectura. Siguió con sus trabajos, y sus investigaciones sobre este tema le han llevado a algunos descubrimientos ajenos a su objetivo principal, tales como los referentes a Egas, Gaspar de Vega y Juan Bautista de Toledo. También, como urbanista sumado a historiador, ha publicado la parte referente a la *Época de los Austrias* en el "Resumen histórico del Urbanismo en España", publicado en 1954 por el Instituto de Estudios de Administración Local. No por estas digresiones ha disminuido la intensidad de sus estudios sobre Juan de Herrera, de quien continuamente descubre y publica nuevos documentos, ni tampoco ha dejado los referentes a la arquitectura de Felipe III. Estos últimos los ha centrado, por ahora, en la Villa de Lerma, y a ella se refieren seis de los volúmenes antes mencionados. La documentación aportada es abrumadora, pero necesaria para llegar a resultados tan extraordinarios como, por ejemplo, el retrato íntimo, psicológico, del Duque de Lerma, valido de Felipe III. Este retrato trae a la memoria el maravilloso que hizo de otro valido, el Conde-Duque de Olivares, otro miembro de esta Academia: el Doctor Marañón. En el caso del Duque de Lerma, Cervera dice muy poco, de por sí, aparentemente; sólo parece reunir y ordenar papeles, encontrados en muchos archivos de España y del extranjero, incluido el Vaticano, y dejar que hablen estos documentos. Lo que hablan resulta para nosotros tan profundo y tan alucinante como lo que cuenta el Doctor Marañón y como lo que Ortega y Gasset escribe en sus "Papeles sobre Velázquez y Goya".

Ahora, Luis Cervera nos ha hablado sobre algunas ciudades ideales en la Grecia clásica. La brevedad obligada de un Discurso académico no permite extenderse a más, pero esperamos que el nuevo compañero trabaje en el futuro para tratar del tema universal de la Utopía de la ciudad ideal. Parece que la humanidad se ha dado cuenta, siempre y en todas partes, de

la importancia del invento de un marco adecuado para la convivencia de muchos, por encima de la estrechez de la vida en la tribu. El caso es que las ciudades se inventaron y crecieron, incluso con planes grandiosos; lo demuestran las excavaciones de Babilonia y Khorsabad, por ejemplo. Ignoramos si entonces hubo utopistas que, encontrando defectos en ellas, planearon otras más adecuadas en cuanto a su organización social, política y arquitectónica. Lo que sí parece cierto es que en la Atenas de Aristófanes debieron abundar los utopistas, charlatanes del Ágora, tanto como abundaban los "arbitristas" en el Madrid de los Austrias. Si no, es inexplicable la burla de Aristófanes, escritor satírico que, como sus sucesores hasta hoy, partía de la realidad popular para ejercer su papel de moralista y su mala intención; conocida es su actitud ante Sócrates.

Muy diferente es la actitud de los filósofos que se ocuparon del tema, según se deduce del estudio de Luis Cervera que acabamos de escuchar.

Esta actitud es racionalista. Como la geometría de Euclides, tiene como base un grupo de definiciones, axiomas y postulados, indemostrables racionalmente, pero que cuentan o pueden contar con el consenso general, y desde ellos deduce lógicamente toda una ciencia, o en este caso una ciudad ideal, hasta sus últimas consecuencias. Este planteamiento del problema es ya, de por sí, una originalidad, pues ciudades ideales se planearon, antes y después de la época de estos filósofos, en muchas partes del mundo, pero no de modo racional, sino mágico, estético o religioso. Sólo la *ciudad de los Atlantes*, según Platón, es un enlace entre ambas concepciones opuestas: la racionalista jónica, y la mítica habitual en otros países. De esta última tiene la forma de un *mandala*, una figura geométrica empleada desde las más remotas edades como exorcismo contra el desorden de las formas y sucesos de la naturaleza y contra los avatares de la vida.

De dos modos se ha practicado este exorcismo geométrico. El habitual consistía sencillamente en trazar en el suelo una figura regular, tal como el círculo, el cuadrado, el pentágono, la estrella de cinco puntas, el exágono o el octógono.

Así lo hacían los brujos para invocar a los poderes infernales desde el interior de la figura, que por su forma era una defensa en la que no podían penetrar los demonios que ellos mismos habían llamado. Las mismas figuras, en grande, eran los perímetros de las ciudades amuralladas, o de las fortalezas, en muchos lugares del mundo y en muchos momentos de la historia. La propia *ciudad de los Atlantes* era un círculo; más aún, era un conjunto de círculos concéntricos, una defensa multiplicada. En el Renacimiento, a partir de Filarete y de las numerosas ediciones de Vitrubio, se trazan muchos planos de ciudades ideales, idénticos a las figuras que dibujaban los brujos o deducidos de ellas, hasta culminar con la sistematización de Vauban a fines del siglo xvii, cuya figura básica es el pentágono. En todas estas ciudades el *mandala* es la muralla; el interior es a veces consecuencia del trazado de aquélla, organizando calles y plazas en figuras concéntricas, como una radiación desde el centro, que solía ser ocupado por el palacio del príncipe más a menudo que por el templo; otras veces, el interior no refleja el *mandala*, siendo por ejemplo un trazado rectangular encerrado en el círculo o pentágono exterior. En general, no se derivan estos trazados habituales de una organización determinada de la sociedad, sino de necesidades militares y de la belleza del dibujo. Esta última inútil, pues sólo ahora, desde el aire, se puede apreciar.

El otro modo, el racionalista de origen jónico, tiene, por el contrario, como base la propia sociedad. No la sociedad existente, de la que conocían bien sus defectos, sino una sociedad nueva, ideal, compuesta por seres perfectos de clases diferentes, y donde cada individuo estaba formado definitivamente por y para la clase a que pertenecía. Esta formación mental le hacía

sentirse parte de un grupo social, no individuo libre. En realidad eran estas utopías un regreso a la vida tribal primitiva, tal como esta vida se ha podido observar hoy en tribus de América central, del Amazonas y de Australia. Sin embargo, el *proceso de individualización*, la conciencia del *Yo*, estaba muy avanzado entre los que propugnaban esta vuelta a la vida comunitaria, a esta manera de vida mecánica que era el postulado del que había de derivarse racionalmente la arquitectura de la *polis*. No es extraño que hubiese tantos filósofos enemigos de estas utopías contrarias a la libertad personal, en el mismo siglo de Platón, como hemos oído en el Discurso de Luis Cervera. A pesar de ello, las utopías de la ciudad ideal han seguido conservando este matiz comunitario o “aristocráticamente comunista” (R. Méndez González en GER Tomo 4) hasta nuestros días, pasando por cumbres tan notorias como la *Utopía* de Santo Tomás Moro en el siglo xvi, la *Ciudad del Sol* de Campanella en el xvii y el *Falansterio* de Fourier en el xix, que demuestran cómo el pesimismo de Platón respecto de la posible convivencia de personas libres en la *polis* ha tenido larga vida y sigue existiendo en las utopías actuales.

La traza arquitectónica que se deriva de estas utopías político-sociales tiende siempre a un *mandala*, figura geométrica con límites precisos. La ciudad, por tanto, no puede crecer ilimitadamente. Las premisas sentadas por los griegos para la buena convivencia limitan el número de habitantes posible en la ciudad ideal. Es notable que en esto coincidan los hindúes, que tantas pruebas han dado de afición a la desmesura, con los griegos amantes de los límites: en la India bramánica, la pequeña ciudad de Nandyavarta (Werner Müller, *Die Heilige Stadt*) es un *mandala* rectangular con todo su interior formado por bloques de edificios dispuestos con una simetría dinámica, como un giro en el sentido de las agujas del reloj, y de tal modo organizada que la zona central la ocupan los bramanes, a ésta la rodea la zona de los guerreros, a ésta la de los artesanos, y

finalmente todo es rodeado por los obreros, y estos por la muralla. Organización de clases que se parece mucho a algunas propuestas por los griegos, aunque la forma urbana sea estática en éstas, en contraste con el ejemplo hindú, dinámico dentro de su encierro amurallado.

Ha sido muy estudiado el conocimiento que debió tener Platón del pensamiento oriental, y no sería el único pensador de ciudades ideales que lo tuviera. La división de la ciudad en zonas para cuatro castas es rasgo común entre algunos griegos y muchos hindúes. También lo es la tendencia a que esta organización se exprese en un *mandala*. Si se observa que todos los caracteres mencionados hasta aquí aparecen en otros pueblos y otros tiempos, puede deducirse que el tema de la ciudad ideal es uno de los *arquetipos* de Jung más firmemente establecido en el inconsciente colectivo, y con mayor antigüedad. Pueden enunciarse diversos aspectos para formar una imagen de este arquetipo: 1.º) La tribu con su autarquía y sus tabús; 2.º) el Yo individual como parte del Yo de la tribu; 3.º) la jerarquía tribal y la división de funciones entre sus componentes; 4.º) la creencia en la virtud mágica de algunas figuras geométricas regulares; 5.º) la nostalgia de una vida social, *ciudadana*, que pudo haber en tiempos muy antiguos, y de la cual fue expulsada, o huyó, la tribu (la etnología actual ha comprobado este hecho en tribus salvajes de nuestros días); 6.º) la *futurología* como busca inconsciente de ese paraíso perdido.

No serán estos los únicos aspectos que definen este arquetipo, pero son suficientes para caracterizar un sueño y un deseo comunes a todos los hombres, que afloran en las *utopías* de ciudades ideales de tiempos y lugares muy diferentes. Como nos ha dicho Luis Cervera, "las *utopías* surgen en épocas de desequilibrio y perturbación", y nuestra época es de este género, pero con la agravante de que la propia ciudad es una de las causas de estos fenómenos. Ha crecido sin medida, ha creado problemas nunca imaginados, y los hombres de hoy no encon-



tramos soluciones, sino propuestas de nuevas utopías. La gente se desespera, y con razón. Añora la vida alejada de la gran ciudad, en un campo paradisiaco, utópico. Sin embargo, la humanidad está hecha para la vida ciudadana, y siempre ha aspirado a ella cuando ha alcanzado cierto nivel cultural. Por algo la Sagrada Escritura empieza con la descripción del Paraíso y termina con la visión de la Ciudad celeste. Dice así S. Juan: *Y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que bajaba del cielo de cabe Dios, radiante con la gloria de Dios. Tenía un muro grande y alto, con doce puertas. Y la ciudad se asienta sobre base cuadrangular, y su longitud es tanta cuanto es su anchura. Y midió la ciudad con la caña, y halló que eran doce mil estadios: su longitud, su anchura y su altura son iguales* (aplicando la medida del estadio dada por Luis Cervera, doce mil estadios son dos mil ciento treinta y un kilómetros, y se entiende que la altura se refiere al monte que la sustenta). *Y midió su muro, que era de ciento cuarenta y cuatro codos* (con el codo de cincuenta centímetros, resultan setenta y dos metros de altura). Sigue la descripción de los materiales con que está construida, más extraordinarios aún que los mencionados por Platón en la ciudad de la Atlántida, y continúa: *Y templo no vi en ella, pues el Señor Dios omnipotente es su templo, como también el Cordero. Y me mostró un río de agua de vida, luciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de sus calles, a una y otra mano del río, árboles de vida* (los párrafos aquí incluidos proceden de la versión de Bover y Cantera, B.A.C., 1947).

El estilo solemne y majestuoso de esta descripción no puede apreciarse con sólo los párrafos anteriores, que se refieren sólo a la arquitectura de la Ciudad, pero es el estilo adecuado para el final del Apocalipsis, último libro de la Revelación. Con esta visión de San Juan Evangelista, que conoció sin duda, tanto la visión de Ezequiel como las obras de los filósofos griegos, se

cierra de un modo grandioso la serie de los conceptos de la ciudad ideal en la Antigüedad.

Estos temas, tan importantes, tan hondamente académicos, que vienen estimulados por el bello discurso del nuevo académico, nos hacen sentirnos muy contentos y dar muy gozosos la bienvenida a Luis Cervera, que compartirá el esfuerzo para acrecentar la actividad doctrinal de la Corporación.